


El actor británico Basil Rathbone caracterizado como el detective Sherlock Holmes, en 1939. (Fotografía: Archive Photos / Getty Images)



Sherlock Holmes: una máquina de raciocinio perfecta

Gerardo Piña

Querido Sherlock Holmes:

Solicito su ayuda en un asunto de vida o muerte. Hace dos semanas mi marido salió del trabajo rumbo a casa. En el camino se detuvo a comprar tabaco y estampillas en McPherson's de la calle Strutgart. Nadie ha vuelto a saber de él y la policía se muestra reacia a ayudarme. Temo que algo irremediable le haya ocurrido porque esa tarde llevaba consigo papeles importantes... papeles que podrían comprometer a un alto funcionario del gobierno.

Queda de usted llena de angustia,

Deliah Robertson

Querido Sherlock Holmes:

Me he dado a la tarea de encontrar un tesoro escondido en la Isle of Wight. El mapa que tengo en mis manos es auténtico. Lo hallé en el encarte de una enciclopedia que compré en una casa de antigüedades. Es evidente que alguien lo escondió ahí y olvidó recuperarlo o quizás murió sin decir nada. Le escribo porque sé que hay más de una persona conspirando en mi contra. Me han estado siguiendo desde hace un par de semanas (casualmente desde la fecha en que encontré el mapa) y temo por mi vida. A través de esta carta lo hago a usted participe de mi secreto. Lo único que le pido a cambio es que se reúna conmigo para juntos emprender el viaje. No conozco a alguien con mayores habilidades para acompañarme y que me ayude a evadir a mis perseguidores. Iré a verlo mañana por la noche, a las ocho. Le ruego que tenga la mayor discreción en este asunto.

Su amigo,

Robert M. Luton

DURANTE MÁS DE CINCUENTA AÑOS llegaron cartas como estas a la casa de sir Arthur Conan Doyle o a la redacción del periódico *The Strand* de Londres, si bien originalmente iban dirigidas al número 221 B de Baker Street. Otras cartas incluían confesiones de crímenes y robos, peticiones para crear una agencia de detectives clandestina y, por supuesto, cientos de declaraciones de amor dirigidas a Mr. Holmes. Para fines del siglo XIX, todo el Reino Unido estaba enamorado de un modo u otro del mejor detective del mundo y muchas de esas personas, miles, ignoraban que era un personaje de ficción.

Cuando la literatura se cuela en la realidad (no como su opuesto sino como parte de ella) lo hace de una forma tan sutil que con frecuencia lo ignoramos. En el siglo XII, un escritor británico de nombre Geoffrey de Monmouth escribió un libro titulado *Regum Britanniae*. En él hacía un recuento de todos los reyes de Gran Bretaña

que habían existido hasta entonces. Es un libro que se consideraba entonces “materia de Roma”, es decir, un texto de carácter histórico. Sin embargo, en uno de los capítulos incluyó al rey Arturo y toda la corte de Camelot —Morgana, la reina Guniver, sir Gawain, Merlín, etcétera—. Lo hizo con el mismo estilo y en el mismo tono del resto del libro. No incluyó ningún tipo de nota o advertencia respecto a las considerables dudas que ya desde entonces existían sobre la autenticidad del rey Arturo. Así, un capítulo de ficción absoluta pasó como parte de un libro de historia durante siglos.

No sólo en el siglo XII, también en el XIX la literatura fue forjando el carácter de muchos hombres y mujeres quienes veían en la ficción una forma de educarse. De las grandes novelas de esa época surgieron valores de belleza, de conducta y hasta modelos para transformar tecnológica y bélicamente la realidad. Arthur Conan Doyle escribió muchas otras cosas además de la saga de Sherlock Holmes que tanta fama y dinero le trajeran. Entre éstas, hay una serie de cuentos de carácter bélico. En uno de estos cuentos describió una estrategia de ataque en un lugar que simulaba una región de África donde se desarrollaba una guerra similar a la guerra Boer entre Inglaterra y Holanda que estaba ocurriendo en esos años. La estrategia de ficción resultó tan audaz que Conan Doyle fue acusado de ser espía y propagandista del bando enemigo, ya que los holandeses realizaron una maniobra en contra de las tropas inglesas que era muy semejante a la descrita en el cuento. Doyle exigió que lo enviaran al frente para probar su lealtad al imperio. Desde luego no se lo concedieron, rebasaba ya por varios años el límite de edad permitido para combatir pero no se quedó conforme. Recorrió varias ciudades y puestos de reclutamiento hasta que llegó con el único general de toda Inglaterra que probablemente no sabía quién era Conan Doyle (o que sí sabía pero le daba lo mismo) y lo enlistó. Por fortuna fue enviado de regreso al día siguiente de haber llegado a África.

En la Inglaterra victoriana, cuando Conan Doyle escribía sus primeras novelas, las mujeres no podían

comprar ni alquilar libros de ficción en las librerías o bibliotecas sin la autorización expresa de sus padres o esposos. Ellos aprobaban los títulos antes de que ellas pudieran leerlos porque se pensaba que la lectura de ciertas novelas podía volver locas a las mujeres, deprimirlas y, sobre todo, corromperlas. Escritoras que luego serían canónicas como Mary Ann Evans (George Eliot), Amandine Dupin (George Sand) o Karen Blixen (Isak Dinesen) tuvieron que publicar sus obras con seudónimos masculinos para que los editores pudieran publicar sus obras y el público acercarse a las mismas sin prejuicios.

En este contexto irrumpe *Estudio en escarlata*, la primera novela de la saga de Sherlock Holmes publicada en 1887 por Ward, Lock & Co., tras haber sido rechazada por varias editoriales. Es aquí donde Watson se inicia como el gran narrador que es y donde conoce, gracias a Stamford, a quien será su mejor amigo, Mr. Sherlock Holmes. Al *Estudio en escarlata* siguió *El signo de los cuatro*, una novela en donde Holmes amplía la importancia de dedicar su enorme talento sólo a conocer cosas prácticas y útiles en los procesos de detección criminal y donde Holmes le muestra la diferencia fundamental entre observación y deducción:

—Por ejemplo —dijo Holmes— la observación me muestra que has estado en la oficina postal de Wigmore Street esta mañana, pero la deducción me permite saber que estando allí enviaste un telegrama.

—¡Correcto! —dije—. ¡Correcto en ambos puntos! Pero confieso que no veo cómo llegaste a ellos. Fui de último momento y sin avisar a nadie.

—Es la simplicidad misma —afirmó mientras se reía de mi asombro— es tan absurdamente simple que una explicación resulta superflua; sin embargo puede ayudarme a definir los límites entre la observación y la deducción. La observación me dice que tienes un poco de lodo rojizo adherido a la parte interna del zapato. Justo enfrente de la oficina postal de Wigmore Street han levantado el pavimento y lo han cubierto de tierra de un modo que resulta difícil evitar pisarlo al entrar. La tierra es de un peculiar tono rojizo que no se encuentra, hasta donde yo sé, en ningún otro lado del rumbo. Hasta aquí he hablado de observación. El resto es deducción.

—Entonces, ¿cómo dedujiste lo del telegrama?

—Bueno, desde luego yo sabía que no habías escrito una carta, dado que estuve sentado junto a ti toda la mañana. Veo también que sobre tu escritorio hay una tira de estampillas y un bonche de postales. ¿Para qué otra cosa podrías ir a la oficina de correos sino para enviar un cable? Elimina todos los otros factores y el que sobra debe ser la verdad.

Arthur Conan Doyle creó el personaje de Sherlock Holmes a partir del Dr. Joseph Bell, un médico y maestro suyo de la Escuela de Medicina de Edimburgo, a quien le dedicó el primer libro de cuentos de la saga. Según contó Doyle en una entrevista, el Dr. Bell les enseñaba a los estudiantes la importancia de la observación del paciente desde el momento en que éste llega al hospital o al consultorio. Les hacía pruebas con enfermos reales que iban a consulta y deducía varios de los síntomas a simple vista. Los alumnos dudaban de su método y entonces él procedía a explicarles cómo había encontrado los síntomas a partir de una fina observación de la ropa de los pacientes, su postura al caminar, su manera de hablar, etcétera.

Para Holmes, al igual que para muchos hombres y mujeres interesados por el conocimiento, la ciencia cobró una enorme importancia. Cabe aclarar que “ciencia” en aquella época no era lo mismo que entendemos hoy. Entonces la ciencia se identificaba con conocimientos adquiridos de la observación y la experimentación, pero no necesariamente de la comprobación. Será hasta el siglo XIX cuando se imponga la comprobación universal y fehaciente de cualquier fenómeno para que sea incluido como verdad científica. Revisar las razones por las cuales ciertas prácticas que hoy consideramos mera superstición en ese entonces tenían un valor científico puede ayudarnos a comprender mejor el mundo en que se desenvuelve el crimen dentro y fuera de la ficción. Para ser el mejor detective del mundo no basta con conocer sólo aquello que entra en el propio campo de trabajo, hay que desarrollar también la intuición, la imaginación y la creatividad. Detrás de algún fenómeno que no comprendemos puede existir una forma de

comprobación que nuestro tiempo simplemente aún no conoce.

Para huir de este problema se inventó en el siglo XX la especialización: tratar de conocer lo más de lo menos. Hoy en día es común enfrentar problemas de todo tipo a través de grupos de especialistas. En este sentido uno podría preguntarse: ¿no es Sherlock Holmes, a fin de cuentas, un especialista del crimen? ¿No sería ideal contar con un Sherlock Holmes o con un grupo de varios Sherlocks para atajar un problema en nuestro tiempo? Es probable pero sabemos que es imposible. No me refiero a lo obvio; a que es imposible encontrar a un Sherlock Holmes en Scotland Yard o en la Policía Judicial. Hablo de que hay algo que hace de él el detective infalible y eso no tiene que ver sólo con sus conocimientos y su método deductivo, sino con una ética muy particular.

Lo primero que conocemos de Sherlock Holmes mediante la voz del Dr. Watson es que se trata de un personaje que rechaza el crédito oficial de lo que hace, que no le interesa formar parte de Scotland Yard ni de algún otro aparato oficial. Al contrario, él los ve como una fuerza de la que se puede valer en ciertos momentos porque sabe que la policía, como institución, es el único vehículo con el que cuenta para procesar y encarcelar a los delincuentes. Sin embargo, no le interesan los reflectores ni la fama. O al menos no como hoy en día se buscan. Holmes toca el violín y es un gran actor, lo que nos muestra su lado artístico e ingenioso. Es alguien capaz de ver en las leyes los sinsentidos, injusticias y errores que sin duda contienen. Él mismo es un adicto al opio y la cocaína; toma varias dosis de opio a causa del aburrimiento cuando no tiene trabajo. Sus defectos son también lo que lo vuelven más cercano y entrañable.

Holmes es lo más cercano al héroe desconocido si lo vemos a través de sus acciones y no de lo que nos refiere su cronista. Una vez, Watson le pidió su opinión sobre M. Dupin, el primer detective literario, creado por Edgar Allan Poe. Holmes lo desprecia. “Tiene ingenio”, dice, “pero a mi lado no es nada”. Holmes se sabe y se asume como el mejor detective del mundo. Además de

no buscar fama está su desinterés por el dinero o el amor, ya que si bien hubo reyes, príncipes y duques que solicitaron sus servicios, él nunca les dio más importancia que la ocasión en que ayudó a un usurero o a una secretaria. El reto de la detección era lo que lo motivaba.

Por esta ética tan particular, la aceptación de los primeros lectores de estas historias fue tan grande que cuando Conan Doyle decidió matar al personaje hubo miles de cartas pidiendo su regreso. Para Doyle fue muy difícil seguir escribiendo estas aventuras. “He tenido tal sobredosis de Sherlock Holmes”, declaró para un reportero, “que me siento hacia él como hacia el *pâté de foie gras*, del cual una vez comí tanto que su sola mención me produce náuseas hasta el día de hoy”. Finalmente, Conan Doyle revivió a Sherlock Holmes en 1902 en la novela *El sabueso de los Baskerville*, en la que la resolución de un crimen se entretiene con un misterio de tintes sobrenaturales. En 1903 se publicó “La casa vacía”, el siguiente cuento. Le pagaron 5 000 dólares en Estados Unidos y 100 por cada mil palabras en *The Strand* (aproximadamente 924 000 pesos actuales por cada cuento).

Conan Doyle quería ser recordado por sus novelas históricas pero al final su detective se impuso; hay quienes confunden al autor con el personaje; otros creen que Sherlock Holmes existió en la realidad. De ahí que durante tanto tiempo siguieran llegando cartas a los periódicos y revistas donde se publicaban sus cuentos o bien a casa del propio Doyle. De hecho, Scotland Yard le pidió a Conan Doyle su ayuda para resolver dos casos de personas extraviadas (una de ellas fue la escritora Agatha Christie).

Esta intrusión de la ficción en la realidad se da en un contexto donde se cuestionaba el mundo con mayor fuerza. El siglo XIX es el siglo de Freud, Marx, Nietzsche y Darwin (por mencionar sólo algunos). Es también el siglo literario de Dostoyevsky, Henry James, H.G. Wells y Gustave Flaubert. Todos ellos con un empeño inquebrantable, constante, hacia la comprensión de lo humano. Entre ellos aparece Holmes, un héroe magnífico, famoso entre los lectores de las crónicas que nos entrega su compañero y cómplice, el Dr. Watson. Detrás de ambos, un autor que no se conformó con explicar la realidad ni el comportamiento humano a través de lo evidente del crimen; alguien que nos recuerda la importancia de leer no sólo los libros sino todo lo que nos rodea como lectores de su tiempo. Nos recuerda que para deducir correctamente nuestra circunstancia (política, jurídica, afectiva) hay que observar, imaginar y ser creativos. No basta con ser un especialista. ■■